

Mi recuerdo del Dr. Jerzy Rzedowski R.

My memory of Dr. Jerzy Rzedowski R.

José Luis León de la Luz¹

A finales de 1973, después de casi un año de no estudiar, entre otras razones por no tener claro a donde ingresar para hacer mi carrera profesional, como muchos otros adolescentes, me convencí que tenía que ingresar a la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas (ENCB), y que posiblemente las circunstancias me llevarían a una elección de alguna de las cuatro carreras que entonces se ofrecían. De este modo, aprobé mi ingreso, con la ventaja de llevar un primer año de tronco común, al término del cual tendría que tomar mi decisión de vida.

Afortunadamente, casi al final del curso de Biología General, en el primer semestre, a inicios de 1974, el profesor en turno suspendió la clase para decirnos que “teníamos que aprovechar la oportunidad para asistir a unas conferencias impartidas por unos grandes biólogos de México y del extranjero”; así que, la mayor parte del grupo aprovechó para hacer otra cosa, y solo un puñado de alumnos nos apretujamos en el vocho del profesor, y nos dirigimos al lugar de las conferencias.

El sitio al cual llegamos era en el majestuoso edificio de la entonces Secretaría de Relaciones Exteriores, en Tlatelolco, una edificación como de 20 pisos, con

¹E.mail: jlleon04@cibnor.mx, Herbario HCIB. Centro de Investigaciones Biológicas del Noroeste, La Paz, B.C.S.

exteriores de mármol blanco. Ya iniciada la sesión, entramos a un auditorio revestido de madera elegantemente tallada. A mis escasos 18 años nunca había estado en una reunión de ese tipo, y poca idea tenía en lo que estas consistían. Los participantes eran de personas con la apariencia de profesores universitarios, y estudiantes avanzados. La verdad, poco entendía de los detalles de las pláticas, pero suponía que eran importantes por la atención y solemnidad que se notaba en la concurrida audiencia, sobre todo al momento de los cuestionamientos y sus respuestas. Los nombres de los personajes, su calibre, y la importancia de la reunión, lo supe gradualmente, con el andar del tiempo: Gonzalo Halffter, Daniel Janzen, José Sarukhan, Jorge Rabinovich, Eduardo Rapoport, Jerzy Rzedowski, y la reunión “Coloquio sobre Ecología Contemporánea”, mismo que dio lugar a un libro editado por el Fondo de Cultura Económica, impreso hasta 1979.

Recuerdo vagamente episodios de algunas de las respectivas exposiciones, pero la que más me impresionó, en su momento, sin duda fue la del Dr. Jerzy Rzedowski, la cual versó sobre la vegetación xerófito de México, (de hecho, su gran obra, la Vegetación de México, estaba en preparación), una exposición concisa, con fotografías, gráficas y mapas, sobre el determinismo ambiental de la vegetación de nuestro país: todavía recuerdo imágenes del paisaje de bosques, y particularmente de la vegetación tropical-seca, incluida la desértica. Esa exposición me impactó, a grado que, al final de la misma presentación, tuve un pensamiento emocional: “me gustaría dedicarme a hacer eso”.

Cuando pude leer esta misma presentación, en el libro antes anotado, muchos años después, me llegaron flashazos de lo ocurrido en aquel momento. ¿Qué fue lo que me impresionó de esa plática que definió mi vocación profesional? Tal vez fueron las imágenes de las plantas, las cuales eran representativas de la mayor parte de la vegetación del país, tal vez la relación causal con el ambiente (temperatura, precipitación) sencillamente descrito en la plática, tal vez todo esto. No lo sé con exactitud, pero a partir de ese día supe que carrera iba a estudiar y en lo que desearía trabajar cuando acabase la escuela.

Al término del primer año de tronco común, teníamos dos opciones dentro de la carrera de Biología, inscribirnos en el *curriculum* “A” o bien en el “B”. El primero tendría una orientación hacia la

biología molecular, y el segundo hacia la ecología y la taxonomía, desde luego elegí la segunda opción. Fue hasta el 4to año de la carrera, en 1977, cuando tuvimos la oportunidad de tomar la clase de (taxonomía de) Plantas Vasculares, cuyo responsable era el propio Dr. Rzedowski. El curso fue un tanto tedioso para muchos, porque era adentrarse en terminologías nuevas, propias de la morfología de plantas con flores, gimnoespermas y helechos, así como de aprender los estrambóticos nombres latinizados de la taxonomía de las plantas. Además, el Dr. Rzedowski era muy parsimonioso para exponer su clase; ante alguna de nuestras preguntas, inteligente o boba, solía mirar fijamente al alumno, y después de varios segundos, responderla, como cuando le pregunté que si él “había descrito especies”, a lo que, después de un buen rato y sin dejar de mirarme, me respondió con un escueto “si... algunas”.

Lo grandioso de ese curso semestral, sin duda fueron las salidas de campo que cada dos domingos hacíamos desde la 7 am, a veces hasta la noche, porque viajamos a distintos puntos del Valle de México en un camión del IPN, donde nos acomodábamos como 25 alumnos, los profes asistentes, y los infaltables invitados. Conocimos los volcanes, el Paso de Cortés y varios sitios al pie, como Tlalmanalco, los dínamos del Ajusco, lo que quedaba del Lago de Zumpango, El Cerro del Cincoque en el límite norte del Valle de México, algunos sitios de los Edos. de Morelos y de Hidalgo (desde luego El Chico), en donde después de la jornada de colecta de plantas (motivo central del viaje), era la comida de tortas, sandwiches y garnachas del camino, y también el juego de tochito, al cual, a veces, se integraba. A la llegada de cada sitio, el Dr. acostumbraba reunirnos alrededor de él, y darnos una descripción del lugar, y para que anotásemos los datos de la localidad, información necesaria para nuestras colectas (cosa que pocos hacían), pero sobre todo para darnos una explicación de la organización de la vegetación, la geología del sitio, y también de la historia de la vegetación, basada en datos de polen o de fauna fósil, información que no he dejado de asombrarme.

El propósito central de esas jornadas de campo era aprender a coleccionar plantas, prensarlas y secarlas, y posteriormente identificarlas bajo el microscopio estereoscópico, hasta género, con la ayuda principal de las claves de la Flora Excursoria de Carlos Reiche, en sesiones guiadas por la amabilísima maestra Graciela Calderón y un equipo de asistentes. Para aprobar el curso, uno

de los requisitos era entregar 100 ejemplares de esas colectas identificados hasta género, aunque pocos eran de utilidad para el proyecto de la Flora del Valle de México, que entonces construía, ya que la mayor parte evidenciaban nuestra falta de oficio.

En el último semestre de la carrera, 1978, tuve la fortuna de inscribirme, como “oyente”, en el curso de Fitogeografía de México, cuyo titular era el mismo Dr. Rzedowski, que se ofrecía a los alumnos del posgrado. Este curso realmente me lleno de información inédita, el cual hizo despertar mi imaginación, y me quitó telarañas de la mente. Uno de los requisitos del curso era participar exponiendo un seminario, a mí me tocó el que tenía que ver con la “vegetación de México durante el Pleistoceno”, tema del cual yo era un absoluto neófito, y no sabía ni cómo abordarlo, pero el propio Dr. Rzedowski me facilitó unos *reprints* de autores como Daniel Axelrod, y particularmente de la tesis de maestría de Víctor Toledo, que me permitieron contemplar a la vegetación de México en la perspectiva histórica, sobre todo del último período glacial, lecturas de las cuales, posteriormente, me hice aficionado. Mi exposición versó sobre el paradigma de la reiterada alternancia climática-global de períodos fríos y cálidos, su papel como responsables de la vegetación actual. Esta información ha sido mi punto de partida en mi ejercicio como botánico, entendí, entre otras cosas, porque poblaciones de especies arbóreas, propias de Norteamérica (*Abies*, *Acer*, *Cornus*, *Cupressus*, *Liquidambar*, *Populus*, *Picea*), existen restringidamente en zonas montañosas de nuestro país.

El curso, mi seminario, y el de los otros 12 o 15 estudiantes, fueron abundantes en información novedosa para nuestra formación como biólogos, y particularmente para quienes nos convertimos en botánicos. Aprendimos que la vasta riqueza florística de nuestro país apenas se conocía, que la mitad de sus especies eran exclusivas a su territorio, que México era un país montañoso, y que la orogenia de la Sierra Madre era muy importante para la especiación y radiación de linajes de plantas; si bien, todavía en esos tiempos, la tectónica de placas aun no se popularizaba.

La temática del curso, reforzada por las exposiciones de los compañeros, abundaban en razones y datos sobre el origen de la flora mexicana durante el Cenozoico, permitió entender la conceptualización de la Geoflora Arcto-terciaria y la Madro-terciaria, como las floras primigenias, desarrolladas en el hemisferio Norte, a las que se sumaron posteriormente componentes de la

Neo-tropical terciaria desde la correspondiente vegetación tropical de Sudamérica. El curso también incluyó la exposición de las hipótesis sobre el porqué de los abundantes endemismos de la flora mexicana tanto en las zonas desérticas como en los trópicos, sobre las hipótesis de la diversidad en México de las carismáticas cactáceas, de la compartición de grupos de plantas con las zonas áridas de Sudamérica, como *Larrea* y *Cercidium* y el papel del “arco antillano” como un “puente” en este movimiento migratorio, y sobre la enorme importancia que representa el entendimiento del concepto “vicarianza” para entender la taxonomía, la biogeografía y la evolución biológica. Pasaron algunos años para que me “cayera el veinte” de que ese curso de Fitogeografía era esencialmente la expansión de los trabajos pioneros del Dr. Rzedowski de los años 60’s: “Contribuciones a la Fitogeografía Florística e Histórica de México” y de “Relaciones Geográficas y Posibles Orígenes de la Flora de México”, y que posteriormente, hacia los 90’s, le permitieron proponer los “mega-méxicos” como áreas de desarrollo de linajes de la flora fanerogámica mexicana, y zonas geográficas adyacentes.

Terminé mi carrera en la ENCB, nunca fui un discípulo directo del Dr. Jerzy Rzedowski.

Conseguí empleo en uno de los nacientes centros de investigación creados por el CONACYT para descentralizar las actividades de investigación en el país. Mis tareas iniciales algo tenían que ver con la taxonomía de las plantas, pero al cabo de algunos años me convencí que era importante hacer labores de colecta y exploración en la península de Baja California, para lo cual era necesario crear un herbario, y en poco tiempo ya estaba haciendo las actividades que observé de los esposos Rzedowski, que para entonces ya se habían jubilado de la ENCB, y aun tenían fuerzas para embarcarse en otro magno proyecto: la Flora del Bajío en el INECOL Pátzcuaro.

Cabe en esta remembranza incluir a la Dra. Graciela Calderón, quien fue una figura muy discreta, pero de enorme apoyo en las aportaciones al conocimiento de la flora Mexicana que hizo el Dr. Rzedowski, y de quien apenas se ha valorado en su justa dimensión. Lamento mucho no haber tenido un estrecho acercamiento con ellos; aunque mantuve cierta comunicación, como intercambios de ejemplares, publicación de manuscritos en *Acta Botánica Mexicana*, y hasta obtención de cartas de recomendación para distintos fines. No me queda sino agradecer la influencia que tuvieron en mi formación profesional escribiendo estas líneas en su honor.

Cita:

León de la Luz, J.L. 2023. Mi recuerdo del Dr. Jerzy Rzedowski R. Áreas Naturales Protegidas Scripta, 2023. Vol. 9 (4): 33-38. <https://doi.org/10.18242/anpscripta.2023.09.09.04.0004>

Sometido: 15 de agosto de 2023

Revisado: 27 de agosto de 2023

Aceptado: 2 de septiembre de 2023

Editor asociado: Dr. Alfredo Ortega Rubio

Diseño gráfico editorial: Lic. Gerardo Hernández